

## PRESENTACIÓN

### EL TIEMPO DE TORRES VILLARROEL

Fernando DURÁN LÓPEZ  
Universidad de Cádiz<sup>1</sup>

Torres ya de la envidia veneradas,  
pues su rabioso diente reconoce  
que le pule lo mismo que le muerde  
y le crece lo mismo que le roe.  
Torres, en fin, que el Ártico pronuncia  
y en ecos el Antártico responde,  
que su nombre fabrica de su fama,  
o su fama construye de su nombre.<sup>2</sup>

La historia de la literatura es, como cualquier proceso cultural, una complejísima acumulación cuantitativa de mínimos actos repetidos, cambios lentos y contradictorios, avances y retrocesos desincronizados, lluvia fina que empapa y cala la vida de las comunidades humanas con un murmullo de fondo que se asemeja mucho al silencio. Como seguimos bebiendo de las ilusiones del Romanticismo, nos desagrada constatar que, en la literatura como en el vivir, la individualidad es una minúscula pincelada sobre un lienzo inmenso, que todos nos repetimos, en todo, todo el rato, en todas partes. Afectamos no darnos cuenta y aguantamos firme la pose en el pedestal imaginario, escrutando esa pincelada del destino, mientras de reojo espiamos a la realidad, esto es, a la muchedumbre en que nos diluimos, rasa tesela

<sup>1</sup> Esta monografía se inscribe en el proyecto de Investigación «Almanaques literarios y pronósticos astrológicos en España durante el siglo XVIII: estudio, edición y crítica», del Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación, Ref. FFI2017-82179-P y ha recibido ayudas de dicho proyecto y del contrato-programa de 2021 del Departamento de Filología de la Universidad de Cádiz, para el fomento de actividades de investigación.

<sup>2</sup> «En elogio de la pluma feliz del doctor don Diego de Torres y Villarroel, don José de Villarroel escribía con el menor arte este romance de arte mayor», en *Anatomía de todo lo visible e invisible. Compendio universal de ambos mundos. Viaje fantástico... por su autor el doct. Don Diego de Torres Villarroel...*, Salamanca, Antonio Villarroel, [1738], h. [15<sup>r</sup>].

en un mosaico y no airosa estatua en una plaza. Fabular la historia literaria como una galería marmórea de talentos geniales es otra forma de solazarse en esta fantasía de individualidad. Así damos sentido a leer un libro, haciendo como si fuera radicalmente distinto de comprar un desodorante: pero la cultura es otro consumible más, cuyas magnitudes se miden en términos estadísticos y cuyos valores negocian los mercados. El lector que paga por leer, el literato o simple juntaletras que invierte en soñar su estatua, el capitalista que costea —impresor, librero, corporación docta, opulento pariente, viuda abnegada—, el mecenas que recompensa magnánimo o el Estado que con sus mil tentáculos exprime los miedos y codicias de esa abstracción discursiva que llamamos «autor», todos compran y venden las acciones de la literatura en el ágora pública, la librería polvorienta, el aula de altos techos o el salón lujosamente amueblado. La fama es un cartel pegado con engrudo en una esquina.

Eso no quiere decir que la individualidad no intervenga en estos negocios. En las bolsas acontecen quiebras, pánicos y burbujas, modas pasajeras o repentinos cambios de rumbo, que alteran transitoria o permanentemente la naturaleza y jerarquía de los valores negociables, aunque pronto la tormenta dé paso a otra llovizna perpetua. Para seguir repitiéndose hay que mimetizar las mutaciones ambientales y tales acomodados a menudo no son predecibles ni paulatinos, sino azarosos y bruscos; entre el orden incapaz de crear y el caos donde nada posee sentido, en el límite de ambos estados, pequeños cambios inesperados inducen transformaciones de largo alcance. Por más que tengan mucho de azar o conjunción afortunada de factores, no sorprende que prefiramos atribuir tales discontinuidades a creatividad o determinismo, como si fuera obvio e inevitable que acontecieran, y que lo hicieran como lo hicieron. El sesgo de retrospectión hace el resto para que las cosas siempre parezca que pasaron como *tenían* que pasar y no como *resultó* que pasaron. Tampoco provoca asombro que en la historia literaria nos fijemos más —eso no equivale a comprender— en esas inflexiones, donde talentos singulares tienen el protagonismo y gracias a las cuales se ramifican rutas separadas en comunidades vecinas, lo que halaga a un tiempo los dos espejismos románticos en que chapoteamos: el yo y la nación.

Este libro explora una de esas azarosas, que no arbitrarias, discontinuidades literarias, acotada al contexto español de la primera mitad del XVIII. Pocos autores son los que definen su tiempo, transforman un

género literario o hacen que un segmento de la escritura coetánea se mueva al unísono en una dirección. Como Garcilaso en la lírica culta, Lope en el teatro o Góngora en la lengua poética barroca, si aducimos ejemplos españoles de enorme proyección interior, o como Horace Walpole con la novela gótica y Walter Scott con la histórica, ambos con vasta proyección internacional, Diego de Torres Villarroel es de esos escasos escritores que abren una nueva e inesperada ruta y se convierten no solo en modelo, sino en referencia o polo dialéctico incluso para los que no siguen su estela... o intentan no seguirla. En efecto, cuando quienes descreen de una innovación o se oponen a ella se ven obligados a asumirla, para no colocarse fuera del sistema y sus recompensas, nos hallamos ante la mejor muestra de estas singulares discontinuidades. El éxito de Lope de Vega, en términos históricos, no radica en su escritura personal, por mucho que valga, sino en que quienes discrepaban de su dramaturgia quedarán inexorablemente arrinconados o hubieran de plegarse a ella, negociando dentro de sus márgenes convicciones y disidencias. Igualmente, lo trascendente de Torres Villarroel no está en el cuantioso despacho de sus pronósticos, sino en que cualquier adusto matemático o festivo publicista de su generación y las dos siguientes tuviera que empezar sus predicciones tal que así:

Estaba sentado en mi silla, con una pierna ahorcada de un brazo de ella, la cabeza reclinada sobre el artejo de la mano derecha, calada la vista hacia el borrador del cálculo de cincuenta y dos, esperando que se ventilase la cabeza de la embriaguez de los números y dando treguas a su enfadoso comercio, cuando volviendo la cabeza al ruido de las bisagras de la puerta, vi entrar en mi cuarto y ponérseme delante del bufete una figura que, aunque más la tanteaba con el compás de la vista, tanto más dudaba si era mi especie, pues era de tan raros contornos y dintornos, que más parecía bosquejo de jabalí que delineación de racional [...].<sup>3</sup>

O que su sobrino Isidoro Ortiz, que siempre anheló redactar almanques calculistas, sin versos ni fantasías, y lo intentó varias veces, se resignase a entonar esta vieja cantinela:

<sup>3</sup> *Preguntas de Bertoldo. Pronóstico y diario de cuartos de luna para el año de MDCCLII en el cual se da reglas para hallar con facilidad los novilunios, cuadraturas, plenilunios y eclipses de sol y luna, con otras curiosas preguntas. Su autor Jerónimo Audije de la Fuente, filomatemático en la villa de Guadalupe, Salamanca, Imprenta de Pedro Ortiz Gómez, 1751, p. 1.*

Molido y aporreado de los golpes y bazuqueo de una calesa chirriona arrastrada de dos mulares esqueletos cargados de cascabeles, cencerros y borlones; sofocado de los hurgonazos, sopapos y sofiones que me iban dando en las bigoterías los rayos del sol, que se percolaban por entre los mundos costillares y arrugados piltrafones de la mencionada silla; aturdido y ciego del pegajoso polvo que el aire me arrojaba y las jácaras, seguidillas y canciones que el avechicho cochero (que era un hombrecillo tan pímeo que, no obstante de picar yo más en enano que en gigante, no me llegaba a las tetas) cantaba al enfadoso zumbidero y sonsonete de las campanillas, llegué yo, a las once serían de uno de los pasados calurosos días del mes de mayo, al mesón del lugar de Ventosa, donde llevaba determinado hacer medio día.<sup>4</sup>

O que cualquier poeta burlón durante muchos años —y los hubo en abundancia— que quisiese mofarse de los almanaques tuviera que hacerlo también parodiando el modelo de Torres, con el problema añadido de que este ya era en sí burlesco y establecer el límite entre un almanaque y un antialmanaque se hizo difícil, si no se consideraba la parte técnica del impreso. Este, por ejemplo, queda dudoso entre ambos territorios:

Érase una tarde de color de mondongo, con soponcios de terciana, por estar envuelta en el cabriolé de una parda nube con quien jugaba el sol al escondite, haciendo más carantoñas que chiquillo impertinente por la teta; cuando, poniéndome de patitas en la calle, cogí las de Villadiego y arrastrando un pie tras otro tomé el pendingue hacia el Barquillo. Observé que toda la genticilla de cimiligrufi, puchero en cinta y trueno gordo, se arracimaba al sonsonete de un ridículo instrumentillo. Movime yo también con la ayuda de aquella curiosidad [...].<sup>5</sup>

Los ejemplos serios, burlescos o ambiguos, se podrían multiplicar sin fin. Y, como ocurre siempre con cualquier género, las parodias retratan el arraigo de los convencionalismos triunfantes, como esta de

<sup>4</sup> *El estudiante legista y calesero poeta. Pronóstico y diario de cuartos de luna, con los sucesos elementales, áulicos y políticos de la Europa para este año de 1754... Por el doct. D. Isidoro Ortiz Gallardo de Villarreal...*, Salamanca, Imprenta de Pedro Ortiz Gómez, 1753, pp. 1-2.

<sup>5</sup> *Perico y Marica, y Piscator del Barquillo. Diario de cuartos de luna, ajustado al meridiano de esta corte para el año de 1764. Escrito por don Gaspar Pla...*, Madrid, Imprenta de don Antonio Muñoz del Valle, 1763, p. 1.

Pedro Jiménez y Fernández, que resume así los códigos y el eco de Torres Villarroel:

porque hablemos claro, soon [sic] Pedro: ¿qué es un pronóstico? ¿Es más que una introducción de términos de secano, un juicio de seguidillas de misterio, un bochorno por enero y una escarcha por agosto? ¿No lo hace un lonjista por despachar el papel y un impresor por cursar la letra? ¿No lo fragua una mujer por dejar de hilar y un hombrecillo por echar la vena a relucir? Y, en fin, ¿si llenamos tres pliegos, no haremos lo que todos?<sup>6</sup>

El mismo escritor de burlas se queja de que todos hacen pronósticos, los asocia con el oficio de hacer versos y recuerda los tiempos pasados:

Se acabó el tiempo en que eran  
señalados con el dedo  
los poetas: yo soy mozo  
y que me costó, me acuerdo,  
ver a don Diego de Torres  
dar una carrera en pelo  
desde la casa del duque  
de Alba al Imperial Colegio.  
En efecto, tanto cunde  
esta semilla que han hecho  
unos tres mil individuos  
de ella cierta junta, a efecto  
de hacer, para bien de todos,  
a la poesía gremio.<sup>7</sup>

No estoy comparando magnitudes, ni hablo de calidad o importancia en términos absolutos: la comedia nueva de Lope transporta el principal caudal de literatura dramática y espectáculo público durante más de un siglo, y su huella posterior ha sido imperecedera, mientras que los almanaques y demás alrededores torresianos solo copan un

<sup>6</sup> *El Piscator de tejas arriba y pronóstico sin embuste... Su autor don Pedro Jiménez y Fernández...*, Madrid, Antonio Marín, 1759, p. 5.

<sup>7</sup> *El Piscator de tejas arriba...*, pp. 8-9. La carrera en pelo se refiere a caminar con la cabeza descubierta, pues entre el antiguo palacio de los Alba y el antiguo Colegio Imperial (actualmente Instituto San Isidro) hay poco más de cien metros.

rincón de la imprenta didáctica y la literatura menor de amplia difusión durante no más de cincuenta años, sin apenas dejar rastro luego. Pero, salvadas las diferencias de escala, la comparación es tan justa como ilustrativa. Solo el gran olvido que ha envuelto a la literatura española del XVIII, la precariedad y desprestigio de los géneros a que aplicó su pequeña revolución y el desvanecimiento de su estela una vez muerto, han impedido apreciar la profunda manera en que Torres Villarroel condicionó actitudes autoriales, estilos, lenguaje y recursos literarios de su época. La historia literaria reciente ha priorizado el rastreo de los hilos de la modernidad, el neoclasicismo y la Ilustración, y ha marginado lo restante. Interesaron Feijoo, Luzán, los novatores... Torres Villarroel más bien ha incomodado, como un florero gigante en una habitación diminuta: imposible de obviar, pero que en ningún rincón queda bien. El salmantino perdió la guerra del porvenir, y seguramente no podría haber sido de otro modo, pero él sí había ganado la batalla de sus trabajos y sus días, la de su tiempo y, no menos importante, la de los rendimientos monetarios de su afán.

Es difícil exagerar la omnipresencia e influjo de Torres Villarroel sobre los almanaques españoles —y otra variopinta gama de papeles públicos en sus periferias y aledaños<sup>8</sup>— desde que articuló su propuesta durante la década de 1720. Determina el campo literario, la tipología del género, la polémica científica, el mercado editorial y la recepción en un grado que raras veces se contempla. La introducción narrativa —su peculiar aliño de la sátira menipea, con o sin sueño, ya fantasiosa ya apegada a una realidad costumbrista o expresionista—; la conversión del yo del autor en personaje invasivo, burlón y deslenguado; el encaje del material astronómico, astrológico y de calendario dentro de un marco ficticio, pero con una interacción casi periodística con el contexto coetáneo; el uso sistemático de poemas para la astrología judiciaria, sea real o impostada; determinados registros lingüísticos y retóricos característicos; la aparente impregnación mimética con

<sup>8</sup> Los clichés y estructuras desarrollados por Torres en los pronósticos se extienden a muchos de los variados papeles —incluso libros— que constituyen la esfera de la literatura astrológica, didáctica y científica del momento, que congrega multitud de folletos sobre eclipses, terremotos, fenómenos celestes, experimentos, medicina, parodias, impugnaciones y polémicas cruzadas. La típica introducción narrativa, principal marca de su firma, aparece incluso en obras sin relación con lo astrológico. Son muchos centenares de impresos durante cuatro o cinco décadas, de los que la extensa bibliografía torresiana es solo la punta del iceberg.

Quevedo...; todo eso constituye una potente tradición discursiva que, aclimatada en el almanaque torresiano, se derrama por otras obras y autores durante decenios, adherida a una perpetua epifanía de su nombre y su fama.<sup>9</sup> El hecho de imitarlo incluía, inevitablemente, una forma explícita de homenaje, emulación o rivalidad, porque su compostura literaria es tan idiosincrática que la semejanza no se puede disimular.

Una palanca multiplicadora de la amplitud y riqueza de este influjo es que Torres Villarroel proporcionaba una solución ingeniosa y eficiente al problema intelectual y de prestigio inherente a la práctica pública de la astrología. En un entorno crecientemente hostil a ella, Torres garantiza su supervivencia en estas aplicaciones anuales utilitarias e incluso extiende su visibilidad y valor a sectores a priori no consumidores de vaticinios, pero predispuestos a aprovechar otros contenidos, prácticos o de entretenimiento. Este proceso afecta a los almanaques en todo el espacio occidental durante parte del xvii y el xviii, pero en España la solución de Torres —la literaturización jocoseria del almanaque— es la que articula el nuevo espacio de aceptabilidad y resistencia del género.<sup>10</sup> Esta reformulación se asienta sobre la calculada alternancia entre jactarse de astrólogo certero y jactarse de astrólogo mendaz, lo que daba argumentos y fuentes de autoridad tanto a quienes deseaban preservar la dignidad y eficacia de su ciencia, como a quienes la consideraban un anacrónico embuste. La fórmula, así, resulta exportable a astrólogos estrictos, a pseudoastrólogos aficionados o fingidos e, incluso, a impugnadores burlescos de

<sup>9</sup> No es posible detallar aquí la configuración y evolución del almanaque como género panoccidental de astrología utilitaria anual, desde los orígenes de la imprenta hasta entrado el siglo xx, ni explicar su estructura, secciones y funcionalidades. Remito para ello a los siguientes trabajos y a la bibliografía contenida en ellos: Francisco Aguilar Piñal, *La prensa española en el siglo xviii. Diarios, revistas y pronósticos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1978; Fernando Durán López, *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles (1700-1767)*, Gijón, Ediciones Trea, 2015; Fernando Durán López, «Del tiempo cíclico al tiempo histórico: evolución e intersecciones entre almanaques y periodismo en la España del siglo xviii», en Hans Fernández y Klaus-Dieter Erler (eds.), *Periodismo y literatura en el mundo hispanohablante: continuidades – rupturas – transferencias*, Heidelberg, Universitätsverlag Winter, 2020, pp. 15-46.

<sup>10</sup> Fernando Durán López, *De las seriedades de Urania a las zumbas de Talía. Astrología frente a entretenimiento en la censura de los almanaques de la primera mitad del xviii*, Oviedo, IFESXVIII/Trea (Anejos de Cuadernos de Estudios del Siglo xviii, nº 6), 2021.

la astrología, todos los cuales podían asumir sin más la estructura, o hacerlo tanto aceptando como impugnando el magisterio de Torres. Eso por ejemplo permite a José Patricio Moraleja, prolífico almanaqueero desdeñoso de la astrología y que solo imita a Torres para parodiarlo en clave de perogrullada, acogerse a su autoridad:

es hereje cualquiera que crea sus vaticinios como ciertos e infalibles, por ir directamente contra el primer mandamiento de la Ley de Dios y estar prohibido por diferentes concilios, santos padres y por la Sagrada Escritura en varios lugares; además de que por diversos profesores de esta farándula se ha hecho burla de los páparos que dan crédito a sus embelecós; y aun al presente el más célebre de todos, nuestro don Diego de Torres (como tan discreto en todas materias) se zumba de ellos y claramente confiesa ser embuste total la judiciaria astrología, en los más de sus Piscatores de Salamanca, aconsejando no se crea cosa de lo que los pronostiqueros serios nos proponen.<sup>11</sup>

Esta calculada ambivalencia torresiana hacia la astrología es una de las virtualidades del formato, pero no explica su triunfo. Modificar un género de modo original y encontrar el favor del público no garantiza que esa evolución se extienda más allá de la obra de Torres; ni el éxito, ni la originalidad ni el talento implican que el paradigma colectivo se altere. Dicho de otro modo, las discontinuidades literarias surgen de actos (individuales), pero solo si estos devienen en actitudes (colectivas). Los estudios literarios tratan a menudo a obras y autores como piezas analizables aisladamente, o bien estudian series lineales y acumulativas, más que cortes cronológicos simultáneos. Pero estamos ante un campo literario regulado por reglas de mercado, es decir, de oferta y demanda, con un limitado número de actores (autores, impresores, libreros, beneficiarios de privilegios de impresión...); las decisiones sobre escoger o combinar el paquete de contenidos, el tamaño y precio del folleto, están supeditadas a una estructura de consumo y producción, donde el número de competidores en un formato y territorio nunca puede ser alto y la diversificación o explota determinados huecos de demanda o los genera nuevos. Solo en ese marco las

<sup>11</sup> *El mayordomo de la luna, Gran Piscator de la Corte, para el año de 1742, pronóstico seri-jocoso, dirigido a desterrar la creencia de las adivinaciones que los serios pronósticos anuncian. Su autor el pobre caballero D. Juan de Frías... Sácale a luz D. José Moraleja...*, Madrid, Herederos de la Viuda de Juan García Infanzón, [1741], prólogo.



creaciones individuales trascienden a algo más, porque el mercado de estos papeles públicos funciona en parte como suma cero —o así lo perciben ellos, no siempre con acierto—, donde uno solo gana lo que le quita a otro. Eso le anunciaba un poeta amigo a Pedro Sanz en su segunda incursión en este despiadado campo de batalla:

Prosigue, mi don Pedro, tu tarea  
con el feliz acierto acostumbrado,  
que creo vendrá tiempo en que te vea  
el mundo por Apolo coronado,  
dándote de su Adonis la librea,  
echando a otros astrólogos a un lado.<sup>12</sup>

Hay que analizar la producción sobre este eje competitivo, que es tan visible en los textos que resulta fácil no verlo. Hasta mediados los años 30 del siglo, a pesar de que Torres ya había articulado por completo el modelo en sus pronósticos para 1727-1730, su replicación es muy limitada. Diversos autores incorporan elementos concretos: el diálogo prologal con el lector con un cierto descaro, el uso de coplas judiciares, un embrión de narración introductoria..., normalmente sin combinar todo a la vez y en magnitudes homeopáticas.<sup>13</sup> Otras

<sup>12</sup> «De un aficionado del autor. Soneto», en *El colegio del encanto de Garnica. Diario de cuartos de Luna, para el meridiano de Madrid, con los sucesos políticos y elementales de Europa, para este año de 1747. Su autor el bachiller don Pedro Sanz...*, Burgos, Imp. de la Santa Iglesia Metropolitana, [1746?], h. [8<sup>r</sup>].

<sup>13</sup> Así, por ejemplo, autores de los que han llegado piezas sueltas: Jacinto González Conde para 1729, Laureano Hermendre para 1730, Juan Fuentes Donses para 1731, Fermín de Estrada para 1732... Cabe mencionar un almanaque de Perogrullo salido a principios de 1728, donde el autor no reproduce el formato de Torres, aunque incluye una suerte de prólogo-introducción con algunas de sus notas de estilo. El autor conoce bien al salmantino, pues le dedica una décima elogiosa y pone una «Nota...» para explicar por qué no añade las secciones breves habituales de un piscator, donde lo ensalza sobre el resto de almanaqueros: «considerando la abundancia de autores que tan a costa de sus curiosas diligencias hacen notorias a todos estas particularidades, como lo hace don Diego de Torres en su Piscator, dignísimo autor de los aprecio que merecen sus obras, no solo miradas a la luz de su inteligencia, sino también a la de sus chistosas introducciones (postigo franco por donde se entra al centro de sus discursos). Esto digo, señores, con veneración debida al lugar que (con tanta razón) ocupa cada uno de los demás autores [...]» (*El pronóstico más fijo y lunario general para este año de 1728. Sucesos precisos, eclipses y juicio del año. Su autor el Licenciado Lampiño, natural de Vaciamadrid. Dedicale a la congregación de ciegos y faltos de*

series seguían su rumbo sin acusar el arrastre tipológico del pujante competidor: el *Sarrabal de Milán*, el *Jardinero de los Planetas*, el *Piscator de la Corte* de Diego González Gómez, el *Gran Gottardo Español* de Pedro de Enguera, Gonzalo Antonio Serrano, etc. Eso tal vez sugiere una evolución alternativa en que la versión torresiana del género no alterase la estructura de producción y recepción de los demás almanaques. Pero las discontinuidades operan mediante una mezcla inesperada de hallazgos creativos y ventanas de oportunidad, que a menudo penden del azar. En este caso ese azar bien puede haberlo proporcionado la imprevista exclusión de Torres Villarroel del negocio.

En efecto, cualquier somero análisis de la producción y tipología de los almanaques españoles constata una fuerte inflexión tras su destierro a Portugal a fines de 1732. En los tres años siguientes irrumpen varios autores que imitan sin tapujos el estilo y formato del salmantino con el propósito poco disimulado de apoderarse de su nicho de mercado. Torres sigue publicando desde Coímbra, ignoramos con qué capacidad de distribución, pero otros actores aprovechan su debilidad: Francisco León y Ortega aparece en 1733 para que el impresor Antonio Marín siga surtiendo los reportorios que antes le proporcionaba Torres, asemejándose lo más posible a los originales; en Madrid el librero Juan de Buitrago costea otro pronóstico mimético de Ignacio Martínez Cantería para 1734; en Zaragoza en 1735 Alejos de Torres, al amparo de un privilegio del Hospital de la ciudad, se estrena con cercanía patente al salmantino y ese mismo año Gómez Arias y Germán Ruiz Gallirgos hacen otro tanto en Madrid, con variables aproximaciones al referente. Pocos años después, Francisco de Horta abundaría en la propuesta tipológica avanzada por Ruiz Gallirgos, que aúna contenidos adicionales de un pronóstico torresiano, un *Sarrabal* y un almanaque didáctico, junto con los cálculos, informaciones y cómputos de uno básico. Este experimento no prosperará, lo que prueba la centralidad del modelo literario para el público lector a partir de una cierta masa crítica, después de la cual se convierte en un estándar que bloquea o dificulta vías alternativas.

*vista de la coronada villa de Madrid. Con licencia*, Madrid, Imprenta de la calle de la Paz, [1728], p. 4). Aunque es consciente del modelo de Torres y lo elogia, no lo toma como referencia para su parodia, que remite a un formato genérico de almanaque; aún no es un discurso reconocible para ser parodiado.